

# Wayra y la serpiente del sueño

Por Luna Contreras

Nunca creí en los sueños ni en nada que no pudiera tocar, hasta que llegué a trabajar a la selva. Aquí pasan cosas que no logro entender, y la ciencia, que siempre ha sido mi lente para ver el mundo, tampoco las logra explicar.

Hace unos días tuve un sueño:

Estaba caminando en el monte, sola y con el sol brillando sobre mi cabeza. Estaba corriendo, como huyendo de algo; me tropecé y caí y vi cómo una serpiente pequeña de un color gris verdoso brillante entraba por mi mano derecha y se enrollaba entre mi mano y mi muñeca por debajo de la piel. El corazón me latía fuerte y sentí como si me hubieran clavado un cuchillo en la mano.

Desperté sudorosa y con las manos temblorosas. Aún era de noche; me levanté a tomar un poco de agua y la mano me dolía. Mi brazo estaba adormecido. Al comienzo, me reí al notar que ya había despertado pero mi mano y mi brazo seguían en el sueño. Me acosté y volví a dormir.

El canto de los tucanes me despertó al amanecer. Al levantarme, comprobé que mi brazo seguía adormecido y la mano me dolía. ¿Será que había dormido sobre mi brazo toda la noche? Como soy la mejor enfermera que conozco, realicé mi propio chequeo: todo parecía normal.

Probé darme un masaje y me puse hielo, pero la molestia seguía. Entonces, tomé un calmante y salí a trabajar.

En el hospital, mientras revisaba a los pacientes, pedí ayuda a una técnica para llenar las historias y realizar los procedimientos. No podía escribir, cambiar el suero, poner inyecciones ni mover a los pacientes. En el almuerzo, mis cubiertos cayeron al piso porque no lograba sostenerlos. Durante mi turno, fui una inútil.

Al terminar, pedí una consulta al doctor.

—Wayra, ¿hizo algún esfuerzo no habitual con el brazo?

—No que yo recuerde.

—Las placas muestran que todo está bien. No hay ninguna lesión física. Seguro es solo estrés. ¿Ha sido difícil adaptarse a la vida en Leticia?

—Llevo dos meses aquí. Me cuesta un poco la comida, pero nada que me estrese, doctor.

—¿Habla frecuentemente con su familia?

—¿Por qué me preguntaba eso? ¿A él qué le importaba si llamo o no a mi familia, si ya me he adaptado o no? Yo solo quería que me recetara medicamentos para el dolor y el adormecimiento.

—No mucho; no tengo tiempo.

—Si el malestar continúa mañana a pesar de los calmantes, tendrá que visitar al psiquiatría.

Saliendo del consultorio, sonó mi teléfono. Era mi mamá, y decidí no contestarle porque ese día yo no estaba para escuchar sus preguntas de madre preocupada.

Al llegar a mi cuarto, tomé los calmantes y dormí.

Corría en el monte como huyendo de algo y, al ver mi brazo, vi cómo la serpiente era más grande que la noche anterior. El dolor de mi mano aumentaba. Maldije los calmantes y al médico, y me entró miedo de no poder trabajar pero seguía corriendo. Me tropecé de nuevo, caí y me golpeé la cabeza. Una voz femenina y pausada me susurró:

—La medicina no entiende nada de esto. Como en sueños tu brazo se ha enfermado, en sueños tienes que curarlo.

En la madrugada, despierto con la bata empapada de sudor. El dolor es más intenso y se ha extendido desde la muñeca hasta el codo. No puedo volver a dormir. ¿Por qué el dolor sigue ahí? Tengo que cumplir tres meses para firmar el contrato en el hospital pero, si sigo así, no lo voy a conseguir. ¿Y si no puedo volver a trabajar, como lo sentí en el sueño?

Respiro y trato de calmarme. Me levanto, muevo mi cuello y masajeo mi brazo con la esperanza de sentir algún cambio. Nada, nada, nada... al contacto, siento un ardor insoportable, y la única manera de sobrellevarlo es mantener

el brazo inmóvil. Se repite en mi cabeza la voz del sueño: «La medicina no entiende nada de esto». ¿Si la medicina no entiende, qué sí entiende?

Soy torpe sin mis dos brazos: es difícil bañarme, peinarme, vestirme y hasta encender un fósforo para prender la cocina. El dolor no me deja concentrarme. No sé cuánto tiempo más puedo soportar esto.

Llego al hospital y me dirijo a la oficina de la jefa de enfermeras. Le explico mi situación y me dice:

—¿Está segura que le gusta este trabajo?

—Jefa, quiero seguir trabajando, pero no entiendo qué me está pasando.

—Tómese el día, pero ya sabe que, si se ausenta más de tres días, tengo que reportarlo.

Sus palabras golpean mi pecho. No lloraré frente a ella. La jefa se esfuerza por que su rostro parezca condescendiente, pero ella es inflexible, como todos los jefes de hospital.

Me encierro en el baño y lloro, más que del dolor del brazo, de mi impotencia. Yo siempre me vanagloriaba de ser la estudiante perfecta, con notas perfectas y que nunca se equivocaba. Aquí estoy ahora, inútil e incapaz de entender qué está pasando.

Alguien entra al baño. Me limpio las lágrimas y salgo a lavarme la cara. Es María, la señora de limpieza del hospital, quien me pregunta:

—¿Está usted bien? ¿Necesita algo?

—No, señora. Gracias.

Se me deshace un nudo en la garganta y el llanto viene como una cascada que no puedo detener.

—Llore tranquila, niña. Estoy afuera por si quiere hablar.

—Quisiera quitarme el brazo para acabar con este dolor. Usted no me puede ayudar; ni el médico ha podido, pero gracias.

—Niña, los doctores pueden con los dolores de este mundo, pero de repente el mal de su brazo no es de este mundo y, para eso, necesita otro tipo de médicos...

—¿Qué médicos?

—Médicos del alma, niña, a quienes mal llaman por aquí «brujos», pero yo prefiero llamarlos «curiosos».

—Doña María, yo no creo en eso. Eso es para la gente de por aquí que no conoce de la ciencia y que cree en charlatanes. Me voy, más bien, a mi cita con la psiquiatra. Gracias de todos modos.

Mientras salgo del baño, María dice:

—Si cambia de opinión, pregunte en el mercado por don Teodoro. Es un curioso de los buenos. Total, no pierde nada con intentar.

Antes de entrar al consultorio de la psiquiatra, suena mi teléfono y es de nuevo mi madre, quien

tiene la habilidad de llamarme en los momentos más inoportunos. No le contesto.

La psiquiatra se llama Ángela, igual que mi madre. Me fastidia la coincidencia. Entro, le explico lo que me está pasando, y me pregunta:

—¿Le gusta ser enfermera?

—¿Por qué todos asumen que no me gusta mi trabajo? No me estoy inventando este dolor. ¡Ni levantar el brazo puedo!

—Son preguntas de rutina, Wayra. No se moleste. Le daré un ansiolítico para que esté tranquila. Continúe por favor con los analgésicos que le recetó el doctor, y trate de descansar. El descanso es la clave para recuperarse de cualquier malestar.

Camino en dirección a la casa donde alquilo mi cuarto y se agolpan todas mis preocupaciones: estoy a punto de perder mi trabajo, y creen que no me gusta la enfermería y que me estoy inventando mi malestar. ¿Mi dolor será una invención de mi cabeza? Quizás la psiquiatra tiene razón: solo necesito descanso. ¿Y si los calmantes no funcionan?

Me detengo y respiro. El tratamiento va a funcionar y mañana amaneceré mejor. Llego a casa, tomo los medicamentos y me recuesto.

Corro en el monte, pero esta vez paro. La serpiente está envuelta hasta mi hombro. Mi brazo se va a caer. Mi corazón se acelera y caigo de rodillas a la tierra. Quiero rendirme. La misma voz del sueño anterior me increpa:

—Niña terca.

Busco de dónde viene la voz. A mi derecha, a unos metros de distancia, una anciana de más de ochenta años con bastón en mano me repite:

—Lo que en sueños se enferma, en sueños tiene que curarse.

—¿Cómo te curas en sueños?

—Pregúntale a Teodoro.

¿Será que conozco a esta mujer? Su rostro parece familiar.

Abro los ojos y el brazo me arde. Aún es de día. De nuevo, mi madre llama por teléfono. Esta vez decido contestar.

—Hija, ¿cómo estás? He estado soñando mucho contigo.

—Tú con tus sueños otra vez.

—Los sueños nos enseñan y nos guían a veces. Hay que saber escuchar. ¿Estás bien? — La verdad, no mucho. Tengo un dolor que no me pasa con nada. Quisiera quitarme el brazo.

Mis lágrimas brotan como un torrente y no puedo detener el llanto.

—Hija, hay enfermedades que no entendemos. Consulta con un curandero. A veces, las plantas y los rezos pueden más que cualquier medicina.

—Mamá, ya viene usted con sus cosas. Por eso no me gusta contarle.

—Si no, devuélvase a la casa. Aquí buscamos ayuda.

—No, no quiero perder el trabajo. Yo me quedo aquí y no quiero que se le ocurra venir tampoco. Seguro en unos días mejoro. Tengo que cambiar de medicamentos; eso es todo. —Voy a rezar mucho por usted, hija. Razón tenía el sueño. Me decía que mi hija estaba perdida. Además, soñé con una serpiente. Pueden ser chismes o daño que le quieren hacer, hija. Cuídese mucho y sepa que puede volver cuando quiera.

—Mamá, ya estoy haciendo mi vida. Gracias otra vez, pero yo lo voy a resolver. Hablamos después.

¿Y si mi mamá tiene razón? ¿Cómo es posible que ella también haya visto una serpiente en su sueño? ¿Y si no me queda otra opción que ir al curandero? Son las cuatro de la tarde. Todavía no cierran el mercado. Me lavo la cara con mi mano izquierda y salgo a la calle en busca de don Teodoro.

El local del curandero queda a una cuadra del mercado. No le diré a nadie que vine a este sitio; ni siquiera, a mi mamá porque sería como darle la razón. Aunque no creo en estas cosas, ya no sé qué más hacer.

En su local, tiene una vitrina grande con velas, frascos con plantas maceradas, y perfumes para el amor, la suerte y el dinero.

Un abuelo de unos setenta años entra a través de una cortina.

—La estaba esperando.

—¿Cómo que me estaba esperando, si yo nunca he venido?

—En sueños, me dijeron que vendría una joven desesperada con el brazo ensoñado. —¿Cómo que «ensoñado»?

Me agarro el brazo instintivamente, como protegiéndolo.

—Mírese; ni lo puede sostener. Parece un bulto colgado. Eso pasa cuando te ensueñan el cuerpo.

—Y digamos que le creo que eso le pasa a mi brazo. ¿Qué tendría que hacer para sanarlo?

—Depende de qué le ensoñó el brazo. Cuénteme qué ha visto en sueños.

No puedo creer lo que escucho. Es como si él adivinara lo que me pasa y eso no puedo entenderlo.

Decido contarle todo lo que ha pasado: todos los sueños. Cuando termino, el abuelo se queda en silencio, con la mirada en el horizonte.

—Si el ensueño es con serpiente, es más difícil. Puedo darle unas plantas para bañarse, pero es usted quien tiene que entender por qué su brazo se quiere volver serpiente.

—¿«Se quiere volver serpiente»?

— El sueño es claro: su brazo se quiere volver serpiente. Voy a consultar a mis maestros para que me digan si yo la puedo curar de ese mal,

porque el ensueño con serpiente nunca me ha tocado. Usted llévese estas plantas.

Don Teodoro saca tres paquetes de plantas y me indica cómo prepararlas para bañarme con ellas antes de dormir. Me insiste:

—Si usted no descubre por qué su brazo se quiere volver serpiente, ni yo ni ningún otro curioso la podrá ayudar.

Ya es de noche mientras preparo las plantas en mi casa. Aunque es absurdo, tengo que intentarlo. Aunque no creo, daño no me hará.

Sumerjo el brazo en el balde con las plantas preparadas con agua y perfume. Respiro unos minutos allí dejándome inundar de los olores relajantes del baño. Me relaja y me da la impresión de que calma un poco el dolor aunque continúa el adormecimiento. Seco despacio mi brazo con la toalla y recuerdo el nombre que le dio el curandero a mi mal: «brazo ensoñado». Es hora de descansar.

Corro en el monte en el sueño, paro a ver mi brazo y lo veo menos inflamado. La serpiente es igual de grande, pero el brazo duele menos y está menos adormecido. Aparece la abuela en el mismo lugar, con una risa en su rostro.

—Al fin mi niña comienza a entender.

Despierto y el dolor es menor. Las plantas ayudaron de verdad. ¿Y si en ellas está la clave de mi cura?

Ni bien amanece, voy de nuevo al mercado. Le

cuento al señor Teodoro lo que pasó. —Ya recibí mensajes, señorita. Yo no la puedo ayudar.

—¡Pero me bajó el dolor!

—Sí, pero el ensueño de serpiente solo lo puede curar Ilvio, un curioso poderoso que vive tres horas monte adentro yendo a Puerto Nariño. Si él no puede ayudarla, nadie puede. A mí no me corresponde curarle su mal.

—Tal vez si continúo con los baños y otras cosas usted me pueda ayudar.

—No, el ensueño de serpiente no es fácil de curar. La serpiente va a seguir creciendo y ensoñará otras partes de su cuerpo, hasta que usted deje de ser usted.

—¿Qué?

—Pregúntele a su brazo por qué quiere ser serpiente y tome en serio a la abuela que le habla en sueños. Seguro ella es la guía que le puede ayudar a encontrar las respuestas.

Ni bien salgo del local de don Teodoro, un hormigueo en todo el lado derecho de mi cuerpo me hace entrar en pánico. ¿Será que se refería a que este mal me puede matar? Tomo una moto, llego a mi casa y empaco mi mochila. Llamo al hospital a avisar que tengo que viajar a revisarme. Por supuesto, no digo que voy a Puerto Nariño, pero sí que entenderé si me tienen que reportar.

Antes de salir al puerto, suena mi teléfono y es mi mamá. Si no le contesto, va a seguir insistiendo, pero si le contesto, se va a preocupar.

Estoy yendo sola a un lugar que no conozco. ¿Y si me pasa algo? ¿Si muero y ella no sabe dónde encontrarme? No le contesto y decido dejar una nota para ella en mi cuarto con las indicaciones de a dónde voy, por si pasan varios días y no regreso.

En el puerto de Leticia, tengo que esperar que se llene el *peque peque* que va a Puerto Nariño y que me dejará en Palmeras, desde donde tendré que caminar. Me siento a esperar, y el sol de mediodía me adormece.

Corro en el monte, paro y veo cómo la serpiente ya está bajando por mis costillas hasta mi cadera. ¿A eso se refería don Teodoro? Me asusto, y retumba la voz de la abuela:

—Viene la primera prueba.

Me despierto por el grito del señor del *peque peque*, quien avisa que es hora de partir. Me cuesta subir al bote porque la pierna derecha no me responde bien. Está adormeciéndose.

El *peque peque* lleva dos horas navegando tranquilo. El paisaje verde de ambos lados del río Amazonas nos abraza. ¿Volveré de este viaje? Mi estómago cruje y se me pone la piel de gallina.

Tolero mejor el dolor. Envuelvo mi brazo con una pañoleta. Lo abrazo y lo arrullo como si fuera un bebé. Las nubes se van poniendo oscuras.

—¿Cuánto tiempo falta, señor?

—Si no tenemos que parar, una hora todavía.

—Parece que va a llover pronto, ¿no?

—Sí. Es mejor no navegar con lluvia río arriba porque se podría voltear el bote.

Reviso con mi mano izquierda que el chaleco salvavidas está bien enganchado. Las nubes oscuras nos cubren y comienza a lloviznar.

Si se volteara el peque peque, ¿cómo nadaría con un solo brazo? Me sacudo de nuevo como espantando ese pensamiento.

La lluvia es más fuerte, el conductor intenta llegar a la orilla, pero un remolino nos jala. El señor hace una maniobra para evadirlo, pero nos chocamos con un tronco y me agarro fuerte de la tabla en la que estoy sentada.

Se voltea el bote, caemos al agua, me aferro a la tabla. Otras personas necesitan ayuda, pero con un solo brazo no puedo ayudar.

Sin mi voluntad, mi brazo derecho se zafa del pañuelo y zigzaguea en el agua. Nado sin creerlo hasta la orilla.

Al salir del agua, de nuevo el brazo cae como un tronco descolgado. ¿Qué acaba de pasar? ¿Esta fue la «primera prueba»?

Otros pasajeros llegan a la orilla. El conductor del bote nos reúne bajo un gran árbol y verifica que todos estamos bien.

—La hélice del motor se ha roto. Cuando pare de llover, la llevaré a Palmeras, que está a media hora a pie. Allá me pueden prestar otra para venir a recogerlos.

—Yo camino con usted. Voy para allá justamente.

Son casi las tres de la tarde cuando comienza a despejar. Cargo mi mochila empapada, que ahora pesa el doble. Por suerte, el celular y la billetera están bien envueltos y secos. Mi equipaje es pequeño y no he perdido nada, pero otras personas con bultos grandes sí los perdieron.

Me envuelvo el brazo derecho y emprendemos el camino a Palmeras.

Imposible caminar rápido. Mi pierna izquierda está adormecida, junto con mi cadera. Camino despacio y con cuidado, pero aún así resbalo y caigo. Mi mano izquierda evita que caiga de cara. El resto de mi cuerpo está ensopado de barro. Estoy cansada y sudorosa. Mi brazo no me responde. ¿Cómo pude nadar con él para llegar a la orilla y ahora ni lo siento? Cuando llego a Palmeras, ya está atardeciendo. Pregunto cómo llegar al lugar, y una señora de un hostel me dice:

—Mejor pase la noche aquí. Mañana algún joven la puede llevar. Es monte adentro y puede perderse si va sola.

—No puedo esperar. Por favor, no importa lo que cueste. Necesito llegar hoy. —Hable usted misma con él. A ver qué le dice.

La señora llama a un joven de unos dieciséis años, a quien le cuento a dónde necesito ir y le ruego que me lleve. Después de un rato, accede.

Caminamos casi cuatro horas porque el joven va a mi ritmo. Andar de noche en el bosque

tupido solo con la luz de una linterna que me guíe y el sonido ensordecedor de las chicharras me asusta, pero más terror me da la imposibilidad de caminar en unas horas.

Llegamos a un claro. Un abuelo muy anciano fuma tabaco al lado de una fogata. Él debe ser don Ilvio.

El joven le habla en otra lengua, y el abuelo me examina con la mirada. El muchacho se despide y se va.

—Ayúdeme, por favor. Ya no siento mi brazo y mi pierna está cada vez más dormida.

—Ummm, su cuerpo ya quiere ser serpiente.

Me sopla con el humo de tabaco y mi brazo se comienza a sacudir como si despertara sin que yo lo moviera.

—Vaya adentro y séquese. Hoy mismo tiene que comenzar la dieta.

—¿Dieta?

—Sí, la dieta para limpiar antes de que tome mañana la planta del sueño. Su lado derecho está ensoñado. Mañana, seguro, el dolor de la pierna no la dejará caminar más.

Se me corta la respiración y caigo al piso de rodillas, llorando.

—¿Por qué me pasa esto? ¿Me voy a morir?

—¿Se quiere morir?

—No me quiero morir.

Me extiende la mano y me ayuda a ponerme de pie. Me indica la entrada de una cabaña que queda a cinco metros de la fogata. Voy despacio. Busco ropa seca en mi mochila y me cambio. Salgo y me siento junto a la fogata.

El fuego me recuerda lo que he dejado de hacer. Si muero por esto, habré vivido una vida inútil. Pienso en mi mamá. Siempre la he culpado de que mi papá se haya ido y, por eso, no veía la hora de irme también. Pero si nunca hubiera venido a trabajar aquí, esto no me habría pasado. Reniego. Si no sé qué lo causó, ¿cómo sé que no me habría pasado?

El abuelo sale de su cabaña con una botella, un balde y un vaso. Se sienta frente al fuego. Arma otro tabaco y lo enciende.

—Tiene que hacer caso en todo, porque si no sigue las indicaciones que le doy, no puedo hacer nada por usted.

—Haré lo que me diga.

—Entonces tiene que creer o, por lo menos, tener esperanza de que el viaje que va a emprender la va a sanar.

—¿Cómo se puede creer en algo que nunca he creído?

—Busque adentro de usted. La fe siempre está dentro. Encomiéndose a sus abuelos, y pida su guía y protección.

Abre la botella, sopla humo adentro de ella y canta. Me sirve en el vaso un líquido espeso y

oscuro. El olor me causa náuseas. Cierro los ojos, no respiro y lo bebo. Me sirve agua de un jarro que está cerca del fuego y la bebo también.

Vomito en el balde.

Me da más agua y vomito otra vez.

Así vomito muchas veces. Mi boca tiene un sabor amargo.

Caigo exhausta.

Me ayuda a levantarme y a llegar a la cabaña.

—Descanse y no consuma nada. No salga del cuarto. Yo la busco mañana.

Sale, cierra la puerta y me duermo al instante.

Estoy en la cabaña y me visita la abuela de mi sueño. Me arrulla y me dice que todo está bien, que me liberé de la rabia y la incredulidad.

Mi brazo se mueve con la serpiente. La serpiente ahora zigzaguea libre desde el brazo hasta mi pierna. Continúa el dolor y el adormecimiento, pero no es tan intenso. Mi cuerpo está laxo y pesado, y, a la vez, relajado.

Mi madre también me visita. Le pido perdón. Me abraza y me dice:

—Yo perdí mi brazo cuando te tuve y no pude seguir estudiando.

La abuela asiente en seguida y agrega:

—Sí, yo perdí mi pierna cuando me casaron a la fuerza y ya no pude ir a vivir a la ciudad como lo deseaba.

Aparece otra abuela con la mirada brillante, quien parece más vieja, y dice: —Yo perdí mis dos brazos cuando no me dejaron estudiar.

De pronto, me rodean muchas abuelas que murmuran que perdieron partes de su cuerpo porque no pudieron decidir cuántos hijos tener, comprar tierra a su nombre para trabajar, elegir cuidar o no de sus hermanos menores o de sus padres, heredar propiedades por ser mujeres.

Sus voces me abruman y grito:

—Es verdad; no quiero ser enfermera.

Abro los ojos y es de noche todavía. Estoy cansada; me duele el cuerpo. Puedo mover los dedos de la mano derecha.

Era eso; realmente no quiero ser enfermera. Mi brazo se niega a seguir haciendo lo que no quiero. Pero en el caso de ellas, perdieron partes de sus cuerpos porque fueron limitadas en sus habilidades o deseos. ¿Qué habilidad o deseo estoy negando? Vuelvo a quedar dormida.

Despierto y no puedo mover mi pierna derecha ni mi brazo. Mis dedos de la mano se mueven. Entra el abuelo a la cabaña, me ayuda a sentarme y me dice que mi inmovilidad es parte del proceso. Pide que le cuente todo lo que vi en el sueño. Me escucha atento y pensativo.

—Es tiempo de tomar la planta del sueño; no tenemos mucho tiempo.

—¿La planta del sueño?

—Sí, es la planta que la ayudará a liberarse de la serpiente o a morir en el intento. Aquí mismo la tomará. Ni bien la tome, caerá en un sueño profundo que puede durar horas o días. Yo estaré cuidando el fuego, cuidando su proceso. Debe preguntar a sus abuelas qué necesita para liberarse de la serpiente. Solo ellas saben qué tiene que hacer. Haga todo lo que ellas le dicen. Cuidado; la serpiente aparecerá en cualquier momento y tendrá que enfrentarse a ella.

—No sé cómo hacer lo que me dice.

—Solo escuche; en sueños lo sabrá.

Saca de una bolsa de cuero que lleva colgada varias hojas frescas grandes de un verde intenso y me las entrega.

—Tráguelas, beba un vaso de agua y no se asuste. Permítase comenzar el viaje. El abuelo canta una canción que no parece de ningún idioma específico. Escuchando su canción, voy cayendo dormida.

Estoy en el monte caminando. La serpiente transita por mis dos piernas y mis dos brazos; es más grande. Mi piel es translúcida. Camino torpemente para llegar a un claro donde las abuelas me esperan.

Cuando llego, la abuela que siempre aparece me recibe y me ayuda a sentarme. Me entrega un bastón que tiene esculpida una serpiente.

—Con este bastón tienes mi fuerza. Si sientes que te falta, apóyate en él. Otra abuela trae un cristal transparente. Me lo cuelga en el cuello y me dice:

—Este cristal ayuda a dar claridad en las oscuridades que habitan nuestra alma. Si no sabes qué hacer, saca este cristal y te mostrará el camino.

Y la más anciana de todas se acerca y me ofrece una bolsa.

—Esta es la ceniza de nuestros huesos. Nosotras todas estamos contigo y, como tu nombre tiene la fuerza del viento, si necesitas que estemos, suelta un poco de este polvo y te ayudaremos.

Ellas tres y otras abuelas más forman un círculo alrededor de mí y entonan el mismo canto que don Ilvio me cantó antes de quedar dormida. Y, en el sueño, me duermo.

Despierto en un espacio vacío y blanco. Estoy yo y la serpiente que ya está por todo mi pecho y se dirige hacia mi cabeza.

—No te tengo miedo.

La serpiente sale por mi coronilla riendo, diciendo con mi misma voz:

—Ya yo soy tú y tú eres yo.

—No quiero ser tú. Devuélveme mi cuerpo.

—Tu cuerpo ya es mío.

Mis piernas se incorporan sin mi voluntad y recuerdo el bastón. Solo de pensarlo, aparece a mi lado dándome fuerza, y evita que mis piernas se muevan. La serpiente ríe.

—Tus abuelas te ayudan, pero esta lucha es tuya. Tú elegiste una profesión por las razones

equivocadas. Por eso, tus brazos ya no quieren hacer.

La serpiente se multiplica y aparecen varias serpientes, y todas van directo a mí. Recuerdo la bolsa con el polvo de los huesos de mis abuelas. Aparece en mi mano y lo suelto al viento.

Aparecen todas las abuelas. Cada una se enfrenta a una serpiente. Yo enfrento a la serpiente más grande. Miro sus ojos y, cuando viene a atacarme, la golpeo, y el golpe lo siento yo misma. Sucede dos veces más y es como si todo el daño que intento hacerle, me lo hago yo y ahí me detengo.

—Si te mato, me mato yo, ¿cierto?

—Al fin entiendes.

Recuerdo el cristal que está en mi cuello y de él sale un rayo de luz con una voz que dice:

—Recuerda.

Me veo de niña jugando sola en el patio de mi casa, haciendo preparados con plantas y sanando mis muñecas. La niña se levanta, me mira y dice:

—Tus manos saben qué quieren ser.

Veo mis manos y veo en ellas serpientes; realmente, ellas quieren ser serpientes; ellas quieren dejar de ser y hacer lo que yo soy.

Grito:

—Dejo de pelear. Quiero ser serpiente.

Todo queda en silencio. Cada una de las abuelas tiene una serpiente y estas les ayudan a hacer lo que no pudieron hacer. Al unísono, manifiestan:

—Ya somos. Ya podemos ser. Contigo podemos ser.

Ahora soy una serpiente y, por fin, siento mi cuerpo mío otra vez. No tengo piernas ni brazos, solo escamas y piel. Y ya sé lo que tengo que hacer.

Abro los ojos y está mi madre conmigo en la cabaña. Me froto los ojos asegurándome que no sigo soñando. Se nota que ella ha llorado mucho. Me dice que llegó hace un par de días. Estaba preocupada escuchándome delirar. Sonríe y le agradezco estar allí. Estoy renacida. No hay dolor. Mi cuerpo es liviano, como nunca.

Abrazo a mi madre y le pido perdón.

Desde ese día, mi vida cambió. Estoy aprendiendo de la planta del sueño con don Ilvio. De día, voy con él a recolectar plantas y procesarlas. De noche, mientras sueño, me convierto en serpiente de nuevo y visito a otras. No se imaginan cuántas personas hacen cosas que no les gustan. Entonces, entro en sus cuerpos, para que sus cuerpos hablen, y les recuerden sus vocaciones y se encuentren a sí mismos a través de sus sueños.

¿Tú estás haciendo lo que te gusta? Si lo dudas, no te sorprendas si alguna noche te visito en sueños.

---

**Este artículo puede citarse como:**

Contreras, Luna. 2026. "Wayra y la serpiente del sueño." *Fourth World Journal* 26, no. 1 (2026): 238–248.